

El arte del pasado, hoy albergado en los museos, se encuentra muy presente en el arte moderno. Gran parte de la pintura del siglo xx mantiene relaciones complejas con el arte remoto: utilización de formas, de temas o de concepciones estéticas. Hay en su aplicación un deseo de poner al descubierto la articulación de las formas y su funcionamiento con su finalidad, de reflexionar sobre lo visto y lo sabido para definir lo que hace que una obra de arte lo sea. Picasso lleva a cabo un intenso ejercicio de la pintura. La tradición es para él un crisol de formas para manipular y reciclar. El estudio exhaustivo de obras de los grandes maestros de la pintura del pasado (Grünewald, El Greco, Le Nain, Rembrandt, Velázquez, Delacroix, Courbet, Manet...) es uno de los campos de actuación más sorprendentes del Picasso creador. Velázquez, al igual que los otros maestros, le sirve de material para la invención formal, pero en ningún caso como sustituto de ésta.

Entre 1917 y 1918 realiza su primera paráfrasis, "Le retour du baptême" según Le Nain. Desde entonces hasta 1954 trabajará, con mayor o menor intensidad, en el campo de las interpretaciones de obras de sus antepasados. En la década que va de 1954 a 1963 se dedica obsesivamente a esta actividad a través de una concienzuda recapitulación dirigida a tres pinturas: "Les femmes d'Alger" de Delacroix, "Las Meninas" de Velázquez y "Le déjeuner sur l'herbe" de Manet, y también "El rapto de las sabinas", conjugación de Poussin y David. De esta manera, Picasso convierte la pintura en sujeto exclusivo de su reflexión. Lo estudia, lo asimila, se lo apropia y, después, lo vuelve a inventar con una visión independiente, dinámica y progresiva.

En cada una de sus series ignora el estilo de sus predecesores. Desmenuza la obra modelo y transforma el conjunto complejo y simbólico formado por ella en una pictografía reconocida como picassiana. El artista recoloca las obras maestras antiguas en su museo imaginario.